

A LA LETRA

Biblioteca personal es la vuelta al día en cincuenta y un mundos infinitos. Leer este libro de ciento treinta páginas es leer no sé cuántos libros de no sé cuántas páginas; es conocer a los autores compilados en él y a todos los autores de los que ellos hablan. El resultado es la exposición de muchos intereses, el contacto con muchas épocas y lenguas, la acumulación de muchas anécdotas, aparte de ser, por supuesto, el reflejo de tantos estilos de expresión, humores, niveles y matices de angustia existencial como escritores antologados.

La antología abre con la encantadora voz de Mariana Frenk-Westheim, la persona de mayor edad del conjunto de escritores reunidos. Esta escritora, que nació en Hamburgo en 1898 y que murió en la ciudad de México ciento y tantos años más tarde, fue una figura iluminadora en nuestro panorama cultural. Se dice que su lectura de Rulfo, cuya obra recién publicada ella tradujo al alemán, impuso mundialmente la literatura de Juan Rulfo. Al leer su respuesta a las formulaciones del antologador, de paso entramos en contacto con sus lecturas, las de aquel momento, que leía *La letra E* de Augusto Monterroso, hasta las lecturas que espontánea y azarosamente recordó, y que llegan a Sófocles pasando por Thomas Mann, García Márquez y Hofmannsthal, “escritor austriaco, que escribió entre muchas otras cosas gran parte de los libretos para las óperas de Richard Strauss, gran amigo suyo”, según apunta

Biblioteca personal

IV / IV

 | **BÁRBARA JACOBS** Entre los libros en mi biblioteca personal tengo uno con el título *Biblioteca personal*. Se trata de una compilación que hizo Javier Aranda Luna de cincuenta y un respuestas de cincuenta y un escritores a propósito de sus lecturas. La encuesta pretendía hacer una guía de lecturas al público de *La Jornada de los Libros*, el suplemento cultural en donde las respuestas se fueron publicando a lo largo de 1988, además de ofrecer un panorama de lo que se leía en México en aquel momento, hoy hace veinte años.

Mariana Frenk. En apenas una cuartilla y media, nos habla de literatura, de música, de política. Pasa de la tragedia griega a la tragedia nazi, y es capaz de referirse tanto a las *Conversaciones a larga distancia* de una escritora a quien ella misma define como desconocida, la alemana Marie Luise Kaschnitz, como al *Quijote*, del que comenta, “Qué sabiduría y qué alegría de vivir”.

Entre las anécdotas literarias que *Biblioteca personal* recoge, está la que recuerda Héctor Aguilar Camín en ocasión de haber visto la última película de John Houston, *Los muertos*, basada en el cuento “Los muertos” de James Joyce. Según esto, en su momento un francés interpelló a Joyce en un bar y le dijo que su *Ulises* era un

libro trivial. “Sí, respondió Joyce, y también es un libro cuatrivial.”

De los principios de orden que un escritor adopta de otro para abrirse paso en el mundo de la lectura y de las bibliotecas, el que David Huerta aprendió de Borges consiste en que no hay que empeñarse en conservar los ejemplares que uno leyó, sino que basta con guardar en lo posible las mismas ediciones. Supongo que esta posibilidad resulta más sensata que la de empeñarse en preservar o reencontrar los mismos ejemplares, pero quizá debido a alguna modalidad de la locura de lector y la locura de lectura que padezco a mí me tienta más salvar los mismos ejemplares.

Por su parte, Ramón Xirau se acoge a las razones para vivir que

encontró en Bertrand Russell. “Tres pasiones, sencillas pero arrolladoramente fuertes, han gobernado mi vida: el anhelo de amor, la búsqueda del conocimiento y la piedad por los sufrimientos humanos.” El rastreo que hace Vicente Leñero de la única influencia que Juan Rulfo admitió de *Pedro Páramo* es tan interesante, curioso y entretenido que merece ser un texto íntegro en la bibliografía del propio Leñero. No diré que un cuento, porque aunque lo parezca no es ficción. Las dos páginas de Sergio Pitol transmiten conmovedoramente su autobiografía completa. Y me gustaría leer el ensayo que Eduardo Lizalde anunció, “Joyce y la ópera”, cuando contestó la encuesta para *La Jornada de los Libros*. Fue destacable enterarme de que José Joaquín Blanco admitiera que llevaba veinte años tratando de terminar la lectura de *Guerra y paz* sin conseguirlo. (Hoy le recomendaría intentar la hazaña a través de la nueva traducción del original ruso al español, completa y fiel, de Lydia Kúper, salida del *Taller de Mario Muchnik* en 2003.)

Pero de la *Biblioteca personal* de cincuenta y un autores compilados por el antologador, vuelvo a mi propia biblioteca personal, que ciertamente habla de mí. Refleja todos mis intereses y a mí incluso me recuerda desde cuándo cada uno de esos intereses despertó en mí. Al repasar los títulos de los volúmenes que los recogen me queda claro qué temas han dado forma a mi curiosidad, y al repasar la historia de los ejemplares en sí distingo desde cuándo me aficioné no sólo a cada uno de los temas que me han llamado la atención

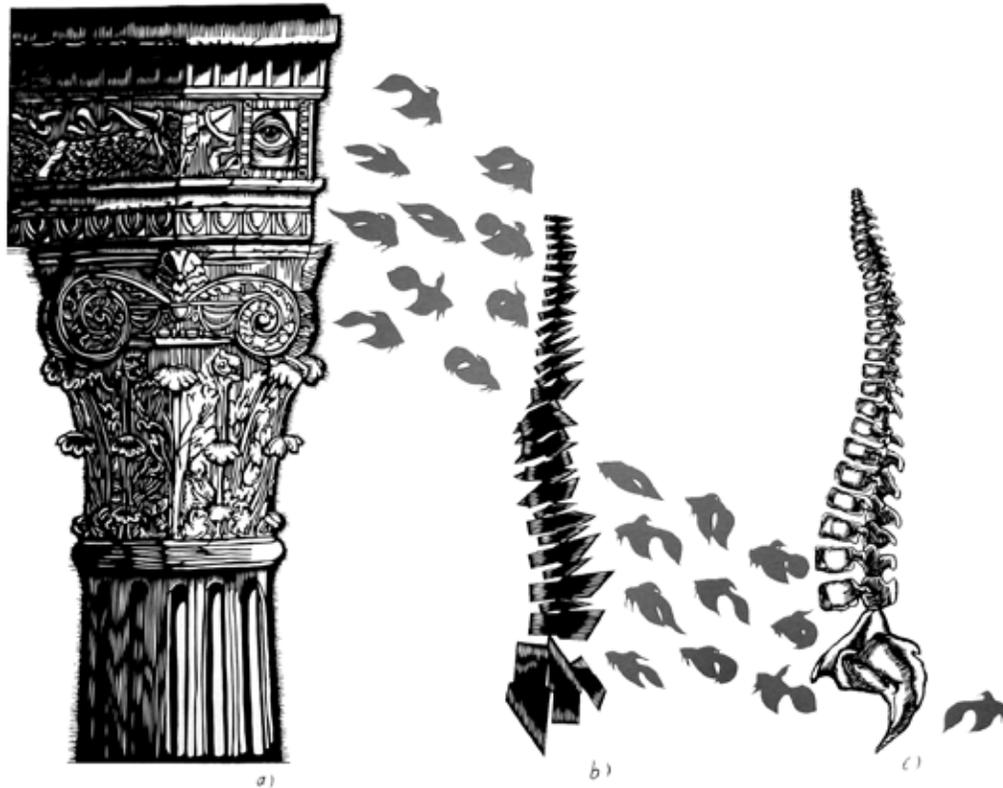
sino a la manera en que los he abordado, que ha sido a través de los libros y de la lectura. Quiero decir que mi biblioteca personal es mi autobiografía; los libros que la integran cuentan mi vida.

A la vista, mi interés por la medicina desde todos sus ángulos, libros de brujería, de primeros auxilios, de medicina naturista, de anatomía, de psicología; libros de filosofía, de religión, de esoterismo; libros de historia, de educación, de biología, de botánica; libros de danza; libros de escritura a partir de uno de los símbolos que empieza con el punto, e incluso libros en alfabeto Morse, en el relieve Braille o de diversas taquigrafías o estenografías; libros de historia de los números; libros de fotografía, de cine, de teatro, de música, de dibujo, pintura, escultura, arquitectura, de arte en general; libros de viaje. Tengo libros de perros, de gatos, de caballos. Aunque la mayoría de los libros técnicos que tengo se refiere a la lengua y la escritura, también ocupan un lugar en mi biblioteca libros sobre cómo funcionan las cosas, cosas como una instalación eléctrica, por ejemplo. Y aunque ciertamente poseo libros de ciencia, mi acercamiento a las ciencias ha sido más bien a través de biografías de hombres de ciencia, o de autobiografías, o de diarios, o de cartas, o de anécdotas. Pero mi biblioteca por supuesto tiene más libros de literatura y sobre literatura que de ninguna otra materia.

He identificado muchos de mis libros con mi nombre y la fecha en que los compré, y entre las páginas de algunos de ellos puedo encontrar desde la flor seca

tradicional hasta una carta o una fotografía o qué sé yo qué pero una representación de la memoria hasta entonces traspapelada y olvidada. Cuando me ha sido posible, he guardado entre las tapas de mis libros recortes de prensa que se refieran al autor o a la obra. Asimismo, preservo en ellos el ticket de compra, pero que yo recuerde nunca he dejado atrapado dentro de las páginas de un libro ningún billete ni tampoco me lo he encontrado. Antes subrayaba frases o pasajes más que ahora, y antes, igualmente, escribía más que ahora notas en sus márgenes. Y así como me fascina toparme con anotaciones o subrayados que en un libro de segunda mano un lector anterior a mí hubiera hecho, me arrepiento de las anotaciones y subrayados con los que yo los he marcado y con los que algún día a su vez se podrán encontrar los lectores posteriores a mí. Acepto que mi biblioteca personal hable de mí, pero me resisto a que se pase de la raya y hable demasiado. Cada vez que he tenido la oportunidad, he borrado tachado o inclusive recortado y destruido las anotaciones y los subrayados con los cuales, a lo largo ya de más de medio siglo, torpemente he ido dejando huella de mi paso por las páginas de demasiados libros.

Una de las más curiosas incorporaciones recientes a mi biblioteca es *Alicia para niños*. Se trata de una versión de *Alicia en el país de las maravillas* hecha por el propio Lewis Carroll en la Pascua de 1890 en Inglaterra. En el prefacio, que el autor dirige a las mamás de los niños, explica que si la versión original ha sido



leída por niños de cinco años en adelante, la versión para niños podrá ser leída por niños menores de cinco años o de “cero a cinco años”, precisa Carroll. ¿Leída?, se pregunta. No, se contesta. “Díganos más bien que ojeada, arrullada, puesta bajo la almohada, arrugada y besada por niños que no saben leer y que mucho menos saben gramática.” Comoquiera que sea, el tomo de *Alicia para niños* del que hablo es una traducción de José Emilio Pacheco al español y que Ediciones Era publicó en México en 2007. Después de leerlo, besarlo y arrullarlo, lo situé en un estante de mi biblioteca junto con una serie de ediciones diferentes y en diferentes idiomas que poseo de *Alicia en el país de las maravillas*, siempre con las ilustraciones en blanco y negro de John Tenniel, el ilustrador original.

Si el contenido de mi biblioteca habla de mí, su orden grita de

mí, podría confesar. Me refiero a que buena parte de este orden de mis libros obedece al orden de mi trabajo. Formo conjuntos de los libros que respectivamente me han servido para escribir mi literatura. Así, a simple vista sé en cuáles repisas de mi biblioteca se encuentra el taller o la cocina de cuál de mis trabajos. Cuando este orden se presta a mayor caos es cuando alguno de los libros me sirve más de una vez, es decir, cuando me sirve para más de uno de mis propios títulos. Así, llega a desesperarme el hecho de que en mis conjuntos no pueda haber más de una vez *todos* los libros de y sobre determinado autor, que será el que más releo, y con mayor razón al desarrollar mi oficio de escribir. Y si admito que este *autor* de referencia y de consulta continuas no sea sólo uno, sino que suela referirse por lo menos a dos o a tres o incluso a más autores,

se entenderá por qué el orden de mi biblioteca personal no sólo se presta al caos, y no sólo habla y grita de mí, sino que a mí misma me *caotiza* y me provoca gritar. De hecho, sueño con alterar este orden y dar con otro, y a mí menos que a nadie me extrañará que el nuevo orden con el que diera tarde o temprano terminara por volver a desquiciarme, por *caotizarme* una vez más. Pues cualquier orden que encontrara no haría más que reflejar mi interior que, hélas, es el de una lectora succionada por una impureza que padece en alto grado, en grado de gravedad, y que se refiere a la impureza de la locura de leer.

Ignoro de cuántos volúmenes conste mi biblioteca, pero sé que sin mis libros, sin la posibilidad de releerlos, o por lo menos de ojearlos, de arrugarlos contra mi pecho y ponerlos bajo mi almohada, ciertamente no podría vivir ☹️